

Lola Pons Rodríguez
EL ESPAÑOL ES UN MUNDO

arpa

SUMARIO

INTRODUCCIÓN	13
PRIMERA PARTE. EL ESPAÑOL EN UN MUNDO DE LENGUAS	17
La lengua vaciada	19
Lengua capacitada	22
Ventajas de despreciar la lengua ajena	26
No hablo <i>español</i> , hablo <i>sobrecastellano</i> : otros nombres de nuestro idioma en la historia	29
La historia sumergida de los nombres de lugar	33
Un río de Colombia, un pueblo de Sevilla	37
Clamar (en español) en el desierto	40
Nostalgia de lo que abandonamos en Argelia	43
Antes de Leonor: las otras reinas políglotas	46
Hable como la reina	53
SEGUNDA PARTE. EL ESPAÑOL ES UN MUNDO DE SONIDOS	57
Almohadillas para un civismo ligero	59
Me estás ofendiendo. Y punto.	61

Dos sonidos en cambio en español: <i>r</i> y <i>l</i>	64
<i>Madrí, Madriz, Madrit</i> : la <i>d</i> final en español	67
Palabras para entender por qué perdemos la <i>d</i>	70
Los mapas ya no son firmes	74
Acento andaluz: orgullo y prejuicio	77
No disparen al acento	79
TERCERA PARTE. EL ESPAÑOL ES UN MUNDO DE LIBROS	83
El libro, unidad de medida	85
Cuando la literatura cambia los mapas	101
22 de agosto de 1992: un día de furia y libros	105
La novela de vivir bajo el volcán	108
Antaño y hogaño	111
Aquí está Andalucía	113
A la calle con los libros	116
Bienvenidos al Museo de los Engaños	119
CUARTA PARTE. EL ESPAÑOL ES UN MUNDO GRAMATICAL	125
No los caigas	127
Un presente entre dos futuros	129
Hay problemas con el verbo <i>haber</i>	132
Dobles andantes en los verbos	136
QUINTA PARTE. EL ESPAÑOL ES UN MUNDO DE PECADOS	141
Ocho pecados	143
La soberbia	145
La gula	147

La ira	149
La lujuria	151
La avaricia	153
La envidia	155
La pereza	157
SEXTA PARTE. EL ESPAÑOL ES UN MUNDO DE PALABRAS	159
Ten cuidado	161
Cuando <i>vale</i> era <i>adiós</i> y <i>hola</i> una sorpresa	164
Ni <i>nosotros</i> ni <i>alguien</i> ni <i>quienes</i> : palabras que el español antiguo no tenía	167
<i>Covidiota</i> , <i>balconazis</i> , <i>cuarempena</i> ... los neologismos que nos ha traído la pandemia de COVID-19	170
<i>Mentalidad</i> , <i>novedoso</i> , <i>marrón</i> : palabras que son más modernas de lo que crees	173
Historia de la palabra <i>cuñado</i>	177
La religión en la lengua	180
Pavo real y pavo irreal	183
Pegasus: las trampas de un nombre	185
Fumarola para las palabras del año 2021	188
SÉPTIMA PARTE. EL ESPAÑOL EN UN MUNDO HOSTIL	193
El conflicto en las lenguas: tres episodios	195
A golpes con las palabras: bofetadas, porrazos y zascas en el español	200
Cólico simbólico	204
Ni paraíso sin serpiente ni cielo sin nubes	207

La victoria lingüística del terrorismo	210
Cómo se apellida un nazi	212
El ruido desde la montaña	215
La Granada rusa	217
Alfabeto soberano	219
Toda Ucrania en una maleta	221
De quién es la guerra	223
OCTAVA PARTE. EL ESPAÑOL ES UN MUNDO POLÍTICO	225
Y llega la mojiganga	227
Una forma muy política de escurrir el bulto	229
Nueva ley de educación: del jardín ideal al bosque real	232
Un viejo rey y el Estado de las autonomías	234
Simón Bolívar en Grecia	237
El idioma de Fidel Castro	241
Adicciones poco sustanciosas	244
Inventada la fórmula de la visibilidad política	246
La Constitución y sus piedras llorosas	248
NOVENA PARTE. EL ESPAÑOL ES UN MUNDO DE GRANDES	251
Cuando Castilla llegó a la Luna	253
Nebrija y la libertad	256
Anacardos y galardones	259
El delantal de los apuntes de Concha Casado Lobato	262

Nazis y peronistas organizan una cita a ciegas	266
Almudena es nombre de novela	268
DÉCIMA PARTE. EL ESPAÑOL ES UN MUNDO PROFESIONAL	271
Los archivos: Jano no pide aduanas	273
Terraplanismo y etimología	276
Once mil vírgenes, pero ningún corrector	279
Lorem ipsum	281
Eso que usted lee en la prensa	284

INTRODUCCIÓN

Hablar de un mundo es señalar a una totalidad de entidades: desde el *todo el mundo* que acude a una fiesta (aunque sean solo diez los invitados que asisten) al *mundo de la política* o *de la cultura* con que, de manera imprecisa, se señala a determinados conjuntos de dominios que resultan de interés mediático. Si no *estás en el mundo* es que no eres consciente de las aristas más feas de la realidad, *se te cae el mundo encima* cuando percibes lo afiladas que estas pueden llegar a ser y *te comes el mundo* si, pese a esa complejidad, sacas coraje y sigues caminando. Una parte de *ver mundo* es viajar por distintas geografías pero otra, y no menor, es transitar por mapas intelectuales distintos a los recorridos habitualmente. Nos parece que un mundo es una totalidad pero cuantificamos su existencia en numerales: *primer mundo*, *tercer mundo* y, aunque todos los continentes tengan la misma antigüedad geológica, nuestra visión de la historia nos hace hablar de América como *nuevo mundo* y de Europa como *viejo mundo*. Es evidente: con la lengua flexibilizamos y humanizamos nuestra concepción del mundo, más personal que cosmológica. El mundo es, primariamente, nuestro mundo, más bien pequeño.

En ese mundo, las lenguas con que nos manejamos son nuestro vehículo de comunicación y de transmisión de ideas, nuestras aliadas en el ámbito más íntimo y doméstico y el instrumento principal con que accedemos a la ciencia, el arte y el desarrollo tecnológico que parece guiar la evolución actual. En su diversidad dialectal, en su realidad cambiante, en todo lo que los textos del pasado nos revelan de cómo antes se veía lingüísticamente la realidad, las lenguas son, todas ellas, un mundo. En este libro se habla de varias lenguas, pero sobre todo se fija la atención en una: el español.

Hace años comencé a escribir en medios sobre cuestiones de lengua, de historia del español y de dialectos hispánicos. Dos libros divulgativos anteriores a este, *Una lengua muy muy larga* y *El árbol de la lengua* (ambos en Arpa Editores) albergaron, en 2016 y 2020 respectivamente, los textos de esas incursiones de periodismo lingüístico y de divulgación. Ambos libros abrieron en mi carrera de investigadora y profesora universitaria una línea que yo en ningún caso había previsto y que con *El español es un mundo* se completa a modo de trilogía. Este libro recoge ochenta textos escritos por mí de 2020 a 2022; se trata de textos publicados en distintos medios (sobre todo en el periódico *El País*, en su sección de Opinión y en algún caso en Verne; las revistas *Archiletras*, *Mercurio* y *Jot Down*) o leídos en ocasiones especiales (Elogio del Día del Libro 2020, discurso de recogida del premio Miguel Delibes 2021); dichos textos se ofrecen aquí revisados, ordenados temáticamente y algo actualizados.

En ellos hablo de lengua, de cultura lingüística o de historia del mundo. Son textos que se fueron escribiendo en el año del coronavirus, en los meses iniciales de la guerra de Ucrania, en la inquietud por el cambio climático, sentada cuadero en mano en la primera fila de la actualidad, sin quitarme las gafas de filóloga e historiadora de la lengua pero al lado de cronistas de la realidad, periodistas y escritores.

Reviso ahora estos escritos y me veo menos inclinada al humor y a la pizarra que en otro tiempo, más crítica pero más expuesta también. Mi manera de escribir ha ido transitando por estos mundos nuevos: opinión, política, sociedad, pero he seguido con las mismas gafas puestas. Espero que el lector siga encontrando en estos textos mi mundo, mi visión de las cosas, siempre viendo la realidad del momento en relación con los usos lingüísticos actuales o heredados del pasado, empeñada en defender que casi todos los hechos tienen una lectura lingüística de la que somos responsables y de la que debemos ser conscientes.

En abril de 2022 llegó al mundo un nuevo miembro de la familia editora de los Palau, tañedores de todo lo que suena en Arpa Editores.

Para Maya, con mi bienvenida al mundo.

En Sevilla, a 4 de septiembre de 2022

PRIMERA PARTE

EL ESPAÑOL EN UN MUNDO DE LENGUAS

El español es una más de las lenguas del mundo; como tal, convive con otras, se mira en ellas y se relaciona en el mismo juego cambiante de fuerzas que tiene una relación humana. La convivencia puede ser directa dentro de un mismo país o indirecta a partir de las relaciones de contacto comercial o admiración cultural que establecen dos sociedades. El español, por ejemplo, convive en España con el catalán, el gallego o el euskera de forma oficial, se relaciona con el inglés en lugares tan reducidos como Gibraltar en España o tan extensos como Estados Unidos, gran espacio hispanohablante. En estas páginas leeremos sobre cómo se maneja el español en ese mundo de lenguas y cómo nosotros, los hablantes, vinculamos al español con otros idiomas: el plurilingüismo de la corte española, nuestra rendición sin condiciones a algunos anglicismos, la fraternidad que supone que dos lugares lejanos en el mundo compartan una lengua o la historia de cómo, sin salirnos de esta misma lengua, hemos variado nuestra forma de llamarla, como si fuera un idioma distinto. No hay lengua absolutamente aislada de otras; vivir en el mundo es vivir en un mundo de lenguas.

LA LENGUA VACIADA

Iban a la misa de tarde, se sentaban en la oscuridad fresquita de la iglesia: unos minutos de silencio, el murmullo de la plegaria en común, el esquema repetido de un rito. Al salir se encontraban con la calentura que brotaba del suelo de su pueblo de Andalucía, el alboroto de la casa o el abejo de una preocupación en la cabeza. No puedo valorar si esa rutina de mis abuelas era sincera piedad ante lo sagrado o un rato merecido de autocuidado y de introspección, pero se parece a la llamada a la meditación y a la respiración consciente que hoy se denomina *mindfulness*.

Por algún lugar de la casa deben estar arrumbados, con los dobleces de la dejadez, los manteles de punto que ellas cosían con dibujos concéntricos cuyas ondas variaban desde el centro. Las puedo recordar embebidas en esa práctica, inventando o no sus formas perfectas, con el cálculo hecho a mano y la finura de la vieja labor. Hoy esos diagramas se llaman *mandalas*, les echamos encima una interpretación oriental que en general no entendemos y nos parecen entonces una práctica refrendada. La artesanía de la almazuela se ha popularizado como *patchwork*; la parte final, más artística y creativa, de los viejos cuadernillos de caligrafía es ahora la

base de volúmenes caros de *lettering* y en YouTube los prescriptores nos enseñan a hacer *diy* ('do it yourself', pronúncielo el lector 'di-ei-guay'), o sea, manualidades que son tan de dudoso gusto como las que ornaban los televisores de antes. Los ejemplos podrían seguir.

En la lengua los hablantes sentimos particular gusto por reemplazar las palabras que hemos heredado en favor de otras nuevas, las que hacemos propias de nuestra generación. Las vemos más exóticas, más originales, más exclusivas, menos manchadas de ranciedumbre o de adherencias de otro tiempo. La renovación léxica es propia de cualquier lengua y buen síntoma de que esta se mueve y está viva. No es raro que un mismo concepto cambie de nombre porque los hablantes rechazan la vieja palabra en favor de la nueva: el *alfayate* medieval fue llamado *sastre* a partir del siglo XVI y otros arabismos fueron reemplazados por la consciente acción de los hablantes. Tan común es este proceso como la crítica que genera. Ante cualquier caso de sustitución en el vocabulario, la renovación léxica suscitará la desaprobación del purista, el abrazo del amante de la novedad y la mirada desapasionada del estudioso de la lengua, que se limita a observar qué hace la sociedad para diagnosticar por dónde va transcurriendo el cambio lingüístico. No es nada nuevo ni sorprendente. Pasa en la lengua y pasa en otras áreas de la vida: en política, el que viene pretende limpiar el despacho que ocupa, cambiar las fotos y modificar las leyes; en los bares, el nuevo cocinero sustituye la carta del anterior aunque hubiera platos estupendos.

Pero no hablo del vocabulario, no me alarmo ante la palabra que postergamos por otra. Hablo de los versos de Ángel González: «Cuando un nombre no nombra, y se vacía, / desvanece también, destruye, mata / la realidad que intenta su designio». Con la palabra nueva estamos barriendo la validez de los hábitos de antes. Postergamos las palabras con que se

nombraban muchas de las prácticas cotidianas de nuestros viejos para adoptar palabras nuevas a las que le conferimos una trascendencia ideológica de la que con toda simpleza hemos desposeído a las palabras de otro tiempo. No solo nos traemos a la palabra foránea sino a toda una ideología que la rodea, una ideología que, curiosamente, contribuye a que consumamos y paguemos por aquello que, con otro nombre, hacían nuestros abuelos prácticamente sin abrir la cartera.

Esto no quiere ser un canto a luchar contra la novedad léxica. La palabra nueva prestigia y es humano que ello ocurra, pero es triste que sea a cambio de que lo viejo se desprestigie y que lo asociemos a algo más rancio y menos legítimo. Estamos orillando con desdén las prácticas de los mayores, vaciando la lengua de sus palabras: tu abuela haciendo punto es una carga, pero si tú te metes a *knitter* es que haces cosas por ti mismo para huir del capitalismo y buscar la sostenibilidad.

Las palabras que usamos dicen mucho de cómo somos, también dicen qué somos como sociedad. Somos la sociedad que huye volando de la vejez con la capa inventada del neologismo. Somos la sociedad que ha despreciado el huerto en que pasaban las mañanas los abuelos y luego se ha llenado la boca hablando de *local food* y de las *lentejas veggies*. No es lo peor que le hemos hecho a nuestros viejos últimamente, pero les estamos haciendo el vacío a sus palabras. Qué irrespetuosos podemos llegar a ser, qué adanistas, qué tontos, madre mía. *Oh my God*.

LENGUA CAPACITADA

Fue hace un par de meses en una comida de trabajo: abrumado porque habíamos concurrido más comensales de los concertados, el camarero resopló tratando de cuadrar el desajuste y preguntó: «A ver, ¿cuántos menús tenemos: ocho personas y dos veganos o diez personas y dos veganos?». Fue la anécdota lingüística de la comida y los dos veganos del grupo tuvieron que escuchar alguna broma. Es lógico que en el ámbito de una comida alguien se identifique como vegano, mientras que no lo sería que el grupo hubiera sido separado internamente según la condición de rubios, míopes o béticos de sus componentes. Con la distancia debida, tal es el razonamiento que hacen las personas con discapacidad cuando piden que no hablemos de *discapacitados* de forma general, que no digamos que una persona concreta *es un discapacitado* o una *persona discapacitada* sino que optemos por decir *persona con discapacidad* o que *tiene* una discapacidad. Lo que define a una persona con discapacidad, dicen los colectivos implicados, no ha de ser de forma exclusiva su discapacidad: tal es solo una parte de su identidad, en algunos casos la más visible, posiblemente la que implica un reto mayor para la sociedad, pero no la única.

Igual que hablamos de personas con cáncer o con VIH (que serán, simultáneamente a ello, tipos simpáticos, desagradables, tacaños o venganos) deberíamos hablar, por ejemplo, de personas con *autismo*, pero no de *autistas*.

La tradición filosófica codificó esta diferencia: entre las disquisiciones escolásticas que ocuparon a nuestros antepasados medievales estaba la cuestión de cuál es la esencia de la naturaleza humana y cuál es la parte accidental que la cubre; lo esencial se tenía por la sustancia y sustanciales eran sus aspectos identificativos. En la tradición gramatical se llama *sustantivos* a los nombres (*persona* es uno de ellos), y al sustantivo se le colocan todos los accidentes o adjetivos que se quiera. Ciertamente es que, en la lengua, *ser* y *tener* son conceptos próximos: los latinos expresaban la pertenencia con el verbo *ser* en el dativo posesivo (*est mihi pomum*, literalmente «la manzana existe para mí», significaba «tengo una manzana») y basta contrastar lenguas para advertir que son nociones trasvasables; en español, la edad se tiene pero en inglés uno *es* los años («tengo 20 años» frente a «I am twenty»).

La sutileza que diferencia *tener* y *ser* lingüísticamente es en lo que se refiere a la discapacidad más significativa de lo que aparenta y no me parece un nuevo episodio de mojigatería lingüística. La corrección política es una pesadez porque pretende disfrazar lingüísticamente aquello que no quieren que veamos, pero aquí estamos hablando de la corrección lingüística, que atiende a dar con inteligencia el nombre exacto a las cosas. Ese nombre exacto ha tardado en lograrse, bien es cierto, y ni siquiera hoy es unánime: junto con el sintagma *persona con discapacidad* circulan otras formas, algunas de ellas aceptadas dentro de los colectivos, que resultan poco claras a oídos de las personas sin discapacidad; tal es el caso de *diversidad funcional* o de la etiqueta *capacidades diferentes*.

El sintagma *persona con discapacidad* está refrendado por nuestra tradición jurídica; la Ley de Dependencia de 2006 lo incluyó y señaló la necesidad de evitar el término *minusválido*; hay una Ley General de Discapacidad de 2013 donde no aparece ni una sola vez la palabra *discapacitado*.

El informe de la Real Academia Española (enero de 2020) sobre la modernización lingüística de la Constitución Española actual (1978) se centraba en contestar a la cuestión planteada por la vicepresidenta de España Carmen Calvo: la posibilidad de cambiar la forma lingüística de la Constitución para dar cabida al lenguaje inclusivo. En sus más de 150 páginas, tal informe es una respuesta sensata a la cuestión del sexismo, que no condena que alguien quiera desdoblarse, pero tampoco impone al texto legal un empleo que de momento no está extendido en el uso común y prestigiado que la RAE describe. El informe atiende también a algo por lo que el Gobierno no preguntó de forma explícita, pero que despierta una sensibilidad unánime: en el artículo 49 de nuestra Carta Magna se habla de la «integración de los disminuidos», que la RAE propone reemplazar por *los discapacitados*.

A diferencia de los desdobles del lenguaje inclusivo, que tan difíciles resultan para la lengua cotidiana, hablar de *personas con discapacidad* o *que tienen una discapacidad* frente a *discapacitados* no es una cuestión de morfología (o sea, interna a la palabra, como sí lo es el desdoble *andaluces* y *andaluzas*) sino de léxico. En general, los cambios lingüísticos se difunden rápidamente si se trata de palabras, mientras que las innovaciones morfológicas son más difíciles de generalizar. Seguramente no hay particular impedimento para que en el lenguaje común y periodístico adoptemos el sintagma *persona con discapacidad* y no es una barbaridad pedir que, llegado el momento, se cambie ese *disminuidos* de la Constitución por *personas con discapacidad*, por coherencia con lo que circula en otros textos legales.

Esto no es seguramente ni lo primero ni lo más urgente en la agenda de reivindicaciones que demandan los colectivos de personas con discapacidad, pero sí es lo único que, como filóloga, puedo hacer con mis textos que, en sustancia, quieren ser un espacio desde el que acercar la lengua a la sociedad.